EL GENERAL

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

WIFREDO ESCRIBANO Y LERÍN

Franco García

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA, 12

1905

EL GENERAL

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

WIFREDO ESCRIBANO Y LERIN

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro Portela, la noche del 30 de Junio de 1905



SEVILLA

TIPOGRAFÍA LA INDUSTRIAL

1905

EL GENERAL

A D. Enrique Morillo.

Cumpliendo el ofrecimiento que le hice de dedicarle mi primera obra, aprovecho esta ocasión para efectuarlo, esperando la admita como sincera expresión del afecto que le profesa.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES
ENRIQUETA	**Srta. Avecilla.**
DOÑA TULA	**Sra. Jiménez.**
SOCORRO	**Srta. Jiménez.**
DON LUIS	**Sr. Carmona (F)**
DOCTOR.	» **Calderón.**
MILITAR	» **Veguilla.**
CESANTE.	» **Morillo.**
CAPITAN.	» **Morales.**
FORASTERO.	» **Pérez,**
INSPECTOR DE POLICIA. . .	» **Carmona (J.)**

La acción en Madrid. Época actual.

Derecha é izquierda las del actor

ACTO UNICO

Gabinete elegantemente amueblado. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA sentada en una butaca, con un pañuelo amarrado á la cabeza y estornudando á menudo, DOÑA TULA de pié junto á ella y SOCORRO entra con una taza de tila.

Doña Tula. Vamos hija mía, tómate esta taza de tila.

Enriqueta. Mamá-no puedo, estoy muy mala, no me lleva nada el estómago.

Socorro. Ande V. señorita, ya está fría.

Doña Tula. (A la criada) Trae la taza. Toma hija mía. (Enriqueta bebe) Otra poquita, bebe otra poquita. (Enriqueta bebe hasta concluirla) Ea, verás como te alivias. (Le toca la frente) ¡Jesús! estás ardiendo. Parece que Dios lo hace, cuando ocurre algo en casa, siempre coje de viaje á tu marido, menos mal, que viene esta tarde.

Enriqueta. ¡Ay mamá, yo estoy muy mala!

Socorro. Vamos señorita no se apure V. tanto.

Doña Tula. Socorro ¿y el perrito?

Socorro. En la cocina seguramente, como siempre, ¿lo traigo?

Doña Tula. Sí, anda ves y tráelo. (Váse la criada) ¿Pero qué será lo que tú tienes hija mía? es una cosa tan extraña.

Socorro. (Entrando con un perrito en brazos) Aquí está el pícaro del ayudante.

Doña Tula. (acariciándolo) ¿Dónde andas? ¡So pícaro! Aquí con tu ama, para que le dés calor. (Se lo pone á Enriqueta en la falda) Acorrúcalo, hija mía.

Enriqueta. (Estornuda) ¡Ay mamá, yo estoy muy mala!

Doña Tula. Socorro, avisa nuevamente á Don Quintín, no sea cosa que no se acuerde en venir hasta mañana.

Socorro. Voy enseguida. (Vase)

ESCENA II

ENRIQUETA Y DOÑA TULA

Enriqueta. ¡Ay que mala estoy, mamá! (Estornuda)

Doña Tula. Yo creo, que lo que tú tienes, es el mismo mal, que tuvo Doña Camila. (Le toca la frente) Sí, yo creo, que no me engaño, lo que tú tienes, es el general.

Enriqueta. ¿El general?

Doña Tula. Sí, hija mía, el general.

Enriqueta. ¿Y estuvo muy mala Doña Camila? (Estornuda)

Doña Tula. Ya lo creo, como que estuvo si se vá, para el otro barrio. ¡Ay! no permita Dios que te apriete tanto como á ella, el general: (Impaciente) ¡Jesús! cuanto tarda Don Quintín, ¡me gusta muchísimo, la actividad de los médicos! (Se pone á escuchar) Ahí quizás venga. (Se asoma á la puerta) Sí, él es, ¡gracias á Dios!

ESCENA III

DICHOS, DON QUINTÍN Y SOCORRO

Don Quintín. ¿Qué pasa Doña Tula?

Doña Tula. Por Dios Don Quintín, que tengo mala á mi Enriqueta.

Don Quintín. (Fijándose en la enferma) Vaya, vaya mujer, que bien agarrado lo tienes.

Doña Tula. ¿El qué Don Quintín?

Don Quintín. Pues, lo que anda por todas partes el trancazo.

Doña Tula. ¿Y cuál es peor, el trancazo ó el general?

Don Quintín. Es lo mismo, sino que le llaman de diferentes maneras.

Doña Tula. (Apurada) ¡Dios mío! bien lo dije yó.

Don Quintín. (A la enferma) A ver el pulso. (Pequeña pausa, ¡Como un toro! Saque la lengua. (Despues de fijarse en ella) Bueno, es preciso, que seguidamente se acueste, y procurar sobre todo, que sude cuanto pueda, dándole algún cocimiento y abrigándola mucho. Al objeto, de descargar algo la cabeza, sinapismos en los brazos y un botijo de agua muy

caliente á los piés. Ahora no receto nada, solo lo dicho, á la tarde vendré yó, para ver si hay alguna complicación, porque el trancazo ó el general, como ustedes le llaman, tarda en dar la cara algunas horas. (A Doña Tula) Procuraré venir temprano, porque os veo muy apurada, Doña Tula.

Doña Tula. Se lo agradeceré infinito, Don Quintín.

Don Quintín. Descuidad. (A la enferma) Conque á la cama y á sudar el general. Doña Tula, á los piés de usted.

Doña Tula. Vaya usted con Dios, Don Quintín.

ESCENA IV

DICHOS, MENOS EL DOCTOR

Enriqueta. (Estornuda) ¡Ay, que mala estoy!

Doña Tula. Bien, hija mía, vamos á la cama.

Enriqueta. (Hace por levantarse) ¡Ay, no puedo moverme! (Estornuda)

Doña Tula. ¡Pobre hija mía! que bien agarrado tienes al general. Socorro, ayuda á la señorita, tú por ese brazo y yo por este, ea, vamos andando. (La levantan y se van poco á poco hacia dentro)

Enriqueta. No puedo andar siquiera. Estoy muy mala.

Doña Tula. No te apures hija mía, en cuanto sudes, verás como te alivias. (Vasen)

ESCENA V

MILITAR CON UNIFORME DE ARTILLERIA

POCO DESPUES SOCORRO

Militar. Pué ceñó, por aquí no se vé á naide. Aonde andará, metía la Socorro. (Se pone á mirar por todos lados) Ná, se ha perdio la gente de esta casa, seguramente. Pué manque estuviera aquí siete años, dos meses, tres semanas y un día, no me voy sin verla. Si las mujeres se pescaran con caña, creo yó que no había trompesao con otra mejó, y eso que yó he tenio las novia como los botones, por gruesa. Mirá yo á una mujé, guiñarle el ojo izquierdo, decirle unas cuantas barbariaes y tenerla pirrá por mis huesos tó á sio uno. Mi especialiá en esto, son las cocineras, en cuanto he visto á una, enseguia le he dicho. Oiga osté joven, sepa osté que voy á establecé una agencia pá dá novios á dita. ¿Quiere osté alguno? ¡Quién yo! tiene usted gracia militar, yo tengo los novios como ustedes las guardias por turno. Pué sepa osté serrana, que con osté estaba yó en guardia permanente, siempre que tuviera por garita, ese jollito de su barba. Estaría usted muy incomodo, que risa. No se ria osté nena, que un veterano como yó habla en serio siempre, y le ruego que me

escuche. Hable usted, ya lo escucho sin reirme. Así me gustan á mí las mujeres, nobles como osté, y con barniz en esa cara é cielo, que Dio le ha dao. Quiere osté, que hablemos esta noche un momento. Porque nó. ¿Aque hora es más conveniente, pá osté? A las nueve. Pué á esa hora estoy aquí, manque tuviese que vení á pié cojito. Jesús que trabajo. Mas se merece osté entoavia serrana. No me diga usted tonturas. ¡Tonturas! Seguramente no se ha mirao osté al espejo y no se ha visto ese palmito con más gracia y más alegría que el cielo de mi tierra. Aquella mesma noche arreglaos, y á los tres días me fumo el tabaco del señorito; al cuarto me cargo con los ahorros de la plaza y al quinto soy el amo total. (Escucha) Me parece se siente gente por allá dentro. Me voy á escondé por si acaso. (Se esconde en la habitación primer término de la izquierda)

Socorro. (Entrando) ¡Pobre señorita! que mala está, es tan buena, que me dá lástima de ella. Pero ahora que me acuerdo, mi artillero me estará esperando, hace dos días que no le veo y le quiero como si fuéramos casados; el tambien me quiere mucho, si señor, mucho, ahora que no sé todavía, si es por mi persona, ó por haberle quitado de comer rancho, que lo tenía canijo. En fin, sea por lo que quiera, voy á ver si le veo, que hoy vá almorzar mejor que un ministro.....

Militar. (Asomándose) ¡Cúcu!

Socorro. (Como enfadada) ¿Has escuchado? ¡pues te voy á castigar!

Militar. (Saliendo) ¡Vengan castiguitos tuyos á millares! Bien sabe Dios que estoy deseando, me eches de una vez la perpétua, pá no separarme de tí en toa la via. (Socorro se fija en él y se echa á reir) ¿Te ries?

Socorro. No quieres que me rias, si traes hoy una cara tan seria.

Militar. Pues traigo otra cosa más.

Socorro. ¿El qué?

Militar. Una galipa que no veo.

Socorro. Pues lo que es hoy, perdona por Dios.

Militar. ¿De veras?

Socorro. Como lo oyes.

Militar. No gastes bromas mujé.

Socorro. No, si no es broma.

Militar. Vamos, mirame á la cara. (Socorro lo mira) ¡Mentira!, tus ojos están diciéndome lo contrario. Te juro, que en cuanto tome la licencia, te llevo á Sevilla, pá que veas la Giralda, que de alta que es, paece el tiléfono pá hablá con el cielo.

Socorro. ¡Que barbaridad!

Militar. ¿Barbariá has dicho? Vamos mujé bien se conoce, que tú no sabe lo que vale Sevilla; aquello no es una ciudá, aquello es un rinconcito é la gloria, que por firmamento tiene, un cielo azul claro y un sol que quema, más bien dicho, que achicharra. Por rio, un Oceano, con su puente de tres ojos grandes, asina como los tuyos. Allá á

lo lejos, junto á los jardines, como aspirando el aroma de nardos y claveles, la torre del Oro, que como recuerdo nos dejaron los moros. Por toas partes alegría, sol, flores, gracia; esa es mi tierra.

Socorro. ¡Jesús hijo! no eres ponderativo.

Militar. ¿Ponderativo?...Bueno, lo que tu quieras, pero mira mujé que tengo el estogamo vacío.

Socorro. Vamos, ya puedes sentarte, voy á la cocina. (Vase)

Militar. (Solo) ¡Jesú! que chica más güena, como se jaga de mié me voy á comé hasta el señorito de esta casa.

Socorro. (Entra con varios platos, pán y una botella) A comer han tocado.

Militar. ¡Vivan las mujeres con concencia!...

Socorro. Calla, que puede sentirte la señora.

Militar. ¿Pero es que tu señoras están en casa?

Socorro. Si hombre.

Militar. Como no habias dicho ná. (Se pone á comer) Sabes Socorro, que esto está mú güeno.

Socorro. (Con el dedo en la boca) Calla por Dios que nos perderiamos los dos, si nos sintieran.

Militar. (En voz baja) ¿Pero mujé que pasa?

Socorro. Come y calla y...

Militar. ¿Pero ceño, qué ocurre? que no me llega la camisa al cuerpo.

Socorro. ¡Por Dios! guarda silencio.

Militar. Pué ceñó, no hablo más. (Sigue comiendo)

Socorro. Mira hombre, es que mi señorita.....

Militar. ¿Qué?

Socorro. Que..... en fin, sigue comiendo.

Militar Esto sí, que tiene gracia, pero mujé.

Socorro Bueno, ya lo sabrás.

Militar (Enfadado) Pué, ya no como más, ni güervo á verte.

Socorro ¡Hay que tonto!, no quería que tú lo supieras, pero ya que te empeñas, te lo diré, es que mi señorita, está en la cama con el general.

Militar. (Dando un salto) ¡María Santísima!

Socorro. ¿Qué te pasa? ¿tiene eso algo de particular? El ayudante, está á los piés dándole calor.

Militar. (En ademán de marcharse y temblando) Adió, Socorro, que soy perdio, si me vén.

Socorro. (Sujetándolo) Parece mentira, que no me entiendas.

Militar. Vaya si te entiendo, y no es ná, tambien el ayudante... Adió, bonito génio, tienen esos señores. (Se marcha hacia la puerta)

Socorro. (Digustada y marchándose) ¡Véte al cuerno!

ESCENA VI

DON LUIS

con un maletín en la mano, tropieza con el militar

Don Luis. (Con autoridad) ¿Qué hace usted aquí?

Militar. (Turbado) Yo, ceñó, no... no, hago ná. .

Don Luis. ¿Cree usted, que las casas pueden allanarse, siempre que á ustedes, se les antoja? ¡Yo se lo diré á su jefe, para que le imponga un correctivo!

Militar. (Suplicante) ¡Por Dió, señorito, no entre á decirle ná, al general!

Don Luis. ¿Qué dice usted?, ¿qué viene á ser eso, que no entre á decirle nada al general? ¡Explíquese pronto!

Militar. Su criada, me lo ha dicho.

Don Luis. ¿Pero, qué le ha dicho á usted? ¡hable usted pronto!

Militar. (Aparte) Vamos, que no sé, si decírselo ó nó.

Don Luis. (Sacando un revólver y apuntándole) ¡Si nó habla usted pronto, lo mato!

Militar. (Retrocediendo) ¡Por Santa Bárbara! ¿qué vá usted á jacé? yo le diré tó lo que me ha dicho su criada.

Don Luis. ¡Muy pronto, porque de lo contrario eres muerto!

Militar. Pero mire usted, ceñorito que yo no soy complice de ná.

Don Luis. (Enérgico) ¡Hablas, ó disparo!

Militar. Pues me dijo, que su señora estaba....

Don Luis. ¿Donde?

Militar. En la cama, con el general, y á los piés el ayudante.

Don Luis. (Cogiéndolo por el cuello) ¡Miserable! ¿qué dices?

Militar. (Cuando lo suelta D. Luis) Yo ceñorito, no tengo la culpa, su criada me lo ha dicho. (Mientras D. Luis dá paseos muy furioso por la habitación) (Aparte) Pue, ná más, que por poquito, me ajóga.

Don Luis. (Que sigue paseándose) ¡Fíese usted, del honor! ¡Un hombre como yó, engañado miserablemente! ¡Me vengaré, sí, me vengaré! (Señalando al militar, la puerta de una habitación) Entre usted aquí.

Militar. Pero...

Don Luis. ¡Que entre usted! (Le empuja para dentro y

cierra la puerta) Ahora lo primero, es avisar á la autoridad, mandaré á la criada... ¡nó! puede ser complice, iré yo mismo, ¡ay de ellos, ya me las pagaran! (Vase.

ESCENA VII

CABALLERO CESANTE

que entra vestido con levita usada, es sordo

Cesante. Aquí seguramente, es donde vive don Luis García, sí no hay duda, esta es la casa. (Saca una carta y lee el sobre) Fuencarral 17, principal derecha. (Mira hacia todos lados) Pero calle, aquí no hay nadie. Seguramente, he cometido una imprudencia, con entrarme sin llamar primeramente, puede quizás sentar mal á la familia. En fin, yá esperaremos, por lo general, las personas bien educadas, como Don Luis, dispensan estas libertades. (Se fija en los platos) ¡Demonio! vaya una chuleta... (Mira con desconfianza) Si yo me atreviera. Pero no, pueden verme. La verdad es, que encontrarse la mesa puesta, no puede llamarse un mal recibimiento. Pero que caramba (cogiéndola) á la despensa con ella. (Guardándosela en el bolsillo de la levita) Si Dios hiciera, que este buen señor, se compadeciera de mí y me facilitara un destinito. ¡Cuánto llevo padecido, Señor, en cinco años, que llevo ce-

sante! Todo lo he perdido, hasta lo que tenía empeñado. Pero, si despues de esto, conservara uno siquiera las relaciones, menos mal, pero desgraciadamente, es lo primero que un cesante pierde, después de su destino. Cuando uno está colocado y dispone de dos pesetas, todos son amigos y despues ni dos pesetas ni amigos. Si yo pudiese, dejaba á todo el mundo cesante por cinco años, para que supieran lo que es canela. Se acerca uno por ejemplo á Don Policarpo á solicitar un destinito ó un pequeño socorro y no ha empezado uno á hablarle cuando un vaya usted á la... ¡porra! ha terminado nuestra conversación, se acerca uno á Don Francisco y enseguida un vaya usted al... ¡cuerno! y en paz, así es, que algunos días no veo más que porras y cuernos. Todo cuanto á mí me pasa á sido por ser decente, por que ustedes no dudo que reconocerán que yo soy una persona decente. Yo me llamo Nemesio Berruguilla, hijo de mi padre y de mi madre, como es natural, descendientes de linajudas familias, de las que heredaron más pergaminos que doblones. Dedicado mi padre desde niño á los estudios alcanzó no sin gran trabajo el título de abogado y como es consiguiente fué político, y mi palabra no le ofenda, no era ningún séneca y con la política, consiguió un acta de Diputado y el quedarse sin dos pese-

tas. Desde entónces, son los sufrimientos, mi pobre padre, tuvo que ingresar como temporero, en el ayuntamiento, y á mí, gracias á las influencias que aun el pobre conservaba, me colocaron en contribuciones. Bueno, pues se instruye un expediente, á un rico fabricante de mantecadas, por defraudación á la Hacienda, visto el mal carácter que tomaba el asunto, viene el hombre y me ofrece mil pesetas si me comprometo á que se pierda el dicho expediente, dudo entre hacerlo ó no hacerlo, y en aquella incertidumbre se lo digo al jefe del negociado y ¡púm! me instruyen á mí un expediente y ¡púm! cesante de empleo y sueldo y lo más doloroso de todo esto fué, que mientras tanto, se perdió del negociado el expediente, instruido al fabricante de mantecadas, y yó las mil pesetas porque se las llevó el jefe. Díganme ustedes, si esto, no me pasó por ser decente. (Mira hacia todos lados) Pues señor, por lo que se vé aquí no hay nadie.

ESCENA VIII

CESANTE Y DON LUIS

Don Luis. (Muy sofocado) ¡No encuentro ningún policía, voto á cribas! (Se fija en el visitante) ¡Ah!... Este seguramente, es uno de ellos. Tengamos serenidad y obremos

(Se acerca á él y le pregunta con autoridad) ¿Sois el general, ó el ayudante?

Cesante. (Descubriéndose respetuosamente) Caballero.

Don Luis. Digo ¿que si sois el general ó el ayudante?

Cesante. (Señalándose al oido) Soy teniente.

Don Luis. (Mal humorado) ¡Cáspita! ¡por lo que veo mi casa es un cuartel general!

Cesante. (Inclinándose para escuchar mejor) ¡Qué!

Don Luis. (Furioso) ¡Nada!

Cesante. ¡Ah! creí...

Don Luis. ¡Los hombres, deben obrar con más decoro, no como ustedes han obrado!

Cesante. Señor, yó...

Don Luis. Sí, usted tiene que obedecer á sus superiores, me lo explico, pero ellos... ¡ellos son unos desahogados!

Cesante. ¿Qué?

Don Luis. (recio) ¡Que son unos desahogados!

Cesante. (Con extrañeza) ¿Unos desahogados?

Don Luis. ¡Sí señor!

Cesante. Bueno... lo que usted quiera.

Don Luis. ¡No señor lo que son!

Cesante. Bueno. (Aparte) Debe estar loco.

Don Luis. ¿Desde que hora estais aquí?

Cesante. ¿El qué?

Don Luis. (Aparte) El primer trompazo, se lo llevará éste. ¿Qué desde que hora estais aquí?

Cesante. Desde hace un momento.

Don Luis. ¡Mentira!

Cesante. Sí señor.

Don Luis. ¡Falso y falso!

Cesante. Sí señor, es verdad.

Don Luis. (Furioso) ¡No insista usted, porque lo ahogo!

Cesante. (Aparte) ¡Que barbaridad!

Don Luis. ¡Usted no dejará de ser más que un sinvergüenza!

Cesante. ¿El qué?

Don Luis. ¿Tambien se vá usted á pitorrear? ¡Tenga en cuenta que no admito que nadie se mofe de mí!

Cesante. No señor, yo no me mofo de nadie, mi educación no lo permite, sino, como sóy algo sordo...

Don Luis. Usted será sordo, para lo que no le conviene escuchar.

Cesante. ¿Qué?

Don Luis. (Furioso) ¡Nada!

Cesante. (Haciendo ademán de marcharse) Bien, caballero, siento haberle molestado y con su permiso me retiro, usted disimule mi atrevimiento.

Don Luis. (Agarrándolo) ¡De aquí, no sale nadie!

Cesante. Pero...

Don Luis. (Empujándole) ¡Que de aquí, no sale nadie!

Cesante. Es que tengo que hacer caballero.

Don Luis. Me rio yo, de sus ocupaciones, ¡seguramente, otra infamia como la de mi casa!

Cesante. (Aparte) Qué dice este hombre? Caballero, yo soy una persona decente, usted se á equivocado conmigo.

Don Luis. (Con sorna) ¿Con qué me he equivocado? ¡Pues ya le diré yó á usted, al ayudante y al general si estoy equivocado! (Sacando el revólver y apuntándole) ¡Entre usted en esa habitación!

Cesante. (Retrocediendo con miedo) ¡Por Dios! ¿qué es lo que vais á hacer?

Don Luis. Ya lo vereis. ¡Entre usted ó disparo!
Cesante. Ya voy señor, ya voy. (Aparte) Este hombre está loco. (Entra en la habitación donde está el militar y D. Luis cierra la puerta)

ESCENA IX

DON LUIS, poco después SOCORRO

Don Luis. (llamando) Socorro, Socorro.
Socorro. (entrando) ¿Llamaba el señorito?
Don Luis. Sí, ¿Dónde está mi esposa?
Socorro. (cortada) Pues.
Don Luis. ¡Dónde!
Socorro. (aparte) No sé como decírselo para...
Don Luis. Vamos contestame. ¡Quiero saber toda la verdad!
Socorro. Mire usted, señorito, le voy á decir á usted todo, pero tenga usted por Dios serenidad. La señorita está en la cama, con el general.
Don Luis. (Furioso) ¡Con que con el general! ¡Mil rayos!
Socorro. (aparte) Como sabía yó, que iba á enfadarse.
Don Luis. ¿Y qué hace el ayudante?
Socorro. A los piés dándole calor.
Don Luis. ¡No cabe mayor desvergüenza! Avisa enseguida al inspector.
Socorro. Pero señorito...
Don Luis. (Enérgico) ¡Ni una palabra, y haga usted lo que yó le mando!
Socorro. Está bien. (vase)

ESCENA X

DON LUIS que se pasea muy ligero
y DOÑA TULA que entra

Doña Tula. ¿Pero qué pasa, Luis?
Don Luis. (Sin pararse) ¿A mí me lo pregunta V.?
Doña Tula. ¿Pues á quién voy á preguntárselo? Me ha parecido oir voces, y además te veo tan nervioso.
Don Luis. (Parándose) ¡No faltaba más, sino que usted viniese encima á mofarse conmigo! (Sigue paseándose)
Doña Tula. ¡Jesús! ¡Dios me libre! bien sabes, que no acostumbro á ello.
Don Luis. ¡Sepa usted, que lo sé todo!
Doña Tula. ¿Todo?
Don Luis. ¡Sí!
Doña Tula. Vamos ya comprendo, porque estás disgustado... Pero hijo, la cosa no es para que te pongas así. Nadie está libre de una desgracia.
Don Luis. ¡Señora, eso no es una desgracia, esa es una falta de educación!
Doña Tula. (Sorprendida) ¿Luis que dices?
Don Luis. ¡Lo que usted oye! ¡Eso es falta de educación!
Doña Tula. ¿Pero que significa ese lenguaje?
Don Luis. ¡El que se merece!
Doña Tula. ¡Le advierto á usted señor yerno, que yo no admito para mi hija, esa ofensa!
Don Luis. ¡Pues por la puerta se vá á la calle!
Doña Tula. Sí señor, que nos iremos. ¡Pues no faltaba más! ¡Guarde usted esa versación para quien se la merezca!

Don Luis. Su hija de usted, se la merece!
Doña Tula. ¿Mi hija?
Don Luis. Sí señora.
Doña Tula. ¡Vaya usted, á Nápoles!
Don Luis. ¡Y usted, á la gran China! ¡que está más léjos!
Doña Tula. ¡Hemos terminado!
Don Luis. ¡Sí señora, hemos terminado!
Doña Tula. Yo tomaré, mis medidas.
Don Luis. Pues las mías, ya están tomadas.
Doña Tula. ¡Mi hija no ha nacido para sufrir esto!
Don Luis. ¡Ni el hijo de mi papá, ha nacido para sufrir lo otro!
Doña Tula. Lo que es la cabeza no la tiene usted hoy muy buena.
Don Luis. Seguramente que nó.
Doña Tula. Sin motivo ninguno armar este jaleo, no lo comprendo. ¿Créame usted que no lo comprendo?
Don Luis. Es decir que no tengo motivo?
Doña Tula. ¡No señor!
Don Luis. Vamos á ver, ¿dónde está mi señora?
Doña Tula. ¡Pues no me ha dicho usted que lo sabe ya todo!
Don Luis. No importa, quiero que usted me lo diga.
Doña Tula. Pues está en la cama...
Don Luis. ¿Con el general?
Doña Tula. Justamente.
Don Luis. ¿Y cree usted, que puedo ver con paciencia, que mi señora, esté con el general?
Doña Tula. Ni que eso tuviese importancia.
Don Luis. (Enérgico) ¡Señora!
Doña Tula. Pues ya lo creo, eso ahora, es muy corriente.

Don Luis. (Fuera de sí) Váyase de mi vista ó le pego un tiro!

Doña Tula. ¡Dios mío! ¡que barbaridad!

Don Luis. Márchese usted pronto de mi vista, ó no respondo!

Doña Tula. Pero...

Don Luis. ¡Que se vaya usted!

Doña Tula. (Llorando á la vez que se marcha) ¡Dios mío, se ha vuelto loco este hombre! (Vase)

ESCENA XI

DON LUIS, poco después el CAPITÁN vestido de paisano

Don Luis. (Sentándose) ¡Dios mío! ¿Quién diría que mi mujer me engañaba? ¿Quién me hubiera á mí dicho esto? ¿quién?... ¡Oh!... ¡esto es horrible!

Capitán. Buenas tardes.

Don Luis. (Levantándose) Muy buenas. ¿Es usted el inspector?

Capitán. No señor, soy capitán del *Covadonga.*

Don Luis. (Sorprendido) ¿Capitán ha dicho usted?

Capitán. Sí, señor.

Don Luis. (Aparte y furioso) ¡Esto es para perder el juicio!

Capitán. Si mi visita es inoportuna, volveré.

Don Luis. (Queriendo contenerse) ¡De ningún modo!

Capitán. ¿El qué?

Don Luis. ¡Que de ningún modo permito, que vuelva usted otra vez!

Capitán. Entónces me quedaré. Ya poco más ó menos sabrá á lo que obedece mi visita.

Don Luis. Me lo calculo.

Capitán. Tengo que hablar con usted, de un asunto de familia.

Don Luis. (Con sorna) ¿Con qué de un asunto de familia?

Capitán. Sí señor.

Don Luis. Bueno, pues luego hablaremos despacio.

Capitán. Como usted guste.

Don Luis. Entre usted, en esta habitación.

Capitán. Con su permiso. (Entra en la habitación segundo término de la derecha y Don Luis hecha la la llave)

Don Luis. ¡Ajájá! yo les daré á estos caballeros, una lección de moral. Pero donde demonio habrá ido esta muchacha, por el inspector. (Reflexionando) ¡Ah!... Sí, seguramente no habrá ido. (Con resolución) No importa lo iré yó á buscar. (Váse precipitadamente)

ESCENA XII

FORASTERO en traje de campesino

y con una vara en la mano

(Entrando) Pues no lleva mucha prisa que digamos, el señorito ese; por poquito si no me deja caer por la escalera. En fin; nos sentaremos un ratico. (Se sienta en una butaca) ¡Anda! y no está este chisme muy suave... Seguramente mi prima, vá á recibir un gran gran alegrón, cuando me vea, pues no me esperaba. Según me han dicho

en el pueblo, su mario es un caballero muy leio y muy escribio y con muchos parneses, al mesmo tiempo (Riéndose) jé, jé, jé, dispues me dirán en el pueblo, que yo no soy naide, estando como estoy emparentao con esta clase de gente. (Fijándose en los muebles) Vaya unas cortinas y unos chismes que me gasta la gachóna... Pero calla, esio un borrico lo primero que debía á ver hecho, asio saludaría y me he sentao... (Se levanta y se pone á mirar las habitaciones, entrando en esto Don Luis, seguido de un inspector.)

ESCENA XIII

DICHO, DON LUIS y el INSPECTOR

Inspector. (En la puerta) Lo que acabais de decirme, es la suma gravedad, caballero.

Don Luis. Y tanta como tiene. (Al ver al forastero) ¡Demonio! ¿Otro? (Dirigiéndose al forastero con malos modos) ¿Quién es usted?

Forastero. ¿Quién yó?

Don Luis. Sí, señor...

Forastero. (riéndose) Jé, jé, jé,... Tiene gracia, la pregunta.

Don Luis. ¿A qué viene usted á esta casa?

Forastero. Pues á ver á la señorita

Don Luis. ¿Usted?

Forastero. Yo... Sí señor.

Don Luis. (Lo coje por el brazo y lo zamarrea) ¡Ya se puede usted ir á la calle!

Forastero. Mucho cuidiao con zamarrearme, que le voy á dar á usted, un trancazo en la cabeza.

Don Luis. ¿Pero usted quién es?

Forastero. ¿Yó?... pues Coronel.

Don Luis. (Aparte) ¡Caracoles! ¡esta casa es el ministerio de la guerra!

Inspector. (Aparte) Cualquier día, decía nadie, que este hombre era coronel.

Forastero. (Aparte) Como se han quedao, en cuanto he dicho quien soy.

Inspector. (A Don Luis) Mucha precaución, caballero, que este coronel, me parece un poco bruto.

Don Luis. (Al inspector) Soy de la misma opinión.

Forastero. En fin nos sentarémos, porque por lo que veo, se han quedao muos. (Se sienta)

Don Luis. ¡Vaya una libertad!

Forastero. Y en resúmen ¿ustedes que es lo que desean en esta casa?

Don Luis. (Aparte) ¡Demonio! ¡esto se llama echarnos á la calle!

Forastero. Desde que han entrao, no hacen más que fastidiarme, y en mi casa, soy yó el amo.

Don Luis. ¡Eso mismo digo yó, que en mi casa, soy yo el amo!

Forastero. Bueno, pues arrea, pá tu casa.

Don Luis. (Aparte) ¡Vaya un desparpajo!

Inspector. (al Forastero) ¿Usted es como dice Coronel?

Forastero. Pues ya lo creo, ¿lo duda usted?

Inspector. No señor, que disparate,

Forastero. Esta casa es de mi prima, y lo que es de mi prima, es mio, con que ya lo saben ustedes.

Don Luis. Nada, mi señora es su prima, para

ellos, y quien realmente es el primo, soy yo.

Inspector. Don Luis, yo lo siento mucho, pero no puedo hacer nada, en este asunto, y me retiro.

Don Luis. ¿Qué se retira usted?

Inspector. Sí señor.

Don Luis. ¡Eso no sería, proceder correctamente!

Inspector. Será lo que usted quiera, pero...

Don Luis. (Furioso) ¡Todo concluirá! (Llamando fuerte) ¡Socorro! ¡Socorro!

Inspector. No escandalice usted caballero!

Don Luis. ¡En mi casa puedo yo hacer lo que me dé la gana! ¡Socorro! Socorro!

Inspector. ¡Que no escandalice le vuelvo á decir!

Don Luis. ¿Es que yá ni puedo, llamar á mi criada? ¡No faltaba más!

Inspector. ¿Pero usted llamaba, á su criada?

Don Luis. Sí señor, á mi criada.

Forastero. (Aparte) Ni el demonio sabe, lo que pasa aquí, pá mí, que este tio está loco.

Inspector. En ese caso, usted me dispense caballero, creo que estamos todos locos.

Don Luis. ¡Lo estarán ustedes!

Inspector. ¡Y usted también, que lleva medio-día escandalizando!

Don Luis. ¡Advierto á usted, que estoy en mi casa!

Inspector. ¡Y yo le prevengo, que soy una autoridad y que no estoy dispuesto á tolerarlo por más tiempo!

ESCENA XIV

DICHOS y el DOCTOR

Doctor. (Entrando) ¿Pero que sucede, Luis?
Don Luis. ¡Una cosa horrible, Don Quintín! ¡Mí esposa, me engaña!
Doctor. ¡Eso es imposible!
Don Luis. Lo sé, ciertamente.
Doctor. Te digo nuevamente, que no lo creo.
Don Luis. Pues yo le repito, que mi señora me engaña, nada menos, que con un general!
Doctor. (Dando muestra de asombro) ¡Que barbaridad!
Forastero. (Aparte) ¡Anda con mi prima!
Don Luis. En el cuarto con mi esposa, está el general con su ayudante, éste (señalando al forastero) es coronel, en esa habitación, hay un teniente y un soldado, y en esta otra, un capitán.
Doctor. ¡Dí de una vez que tienes en tu casa un ejército!
Don Luis. ¡Que desgraciado soy, Don Quintín!
Doctor. Vamos Luis, ánimo y andemos el camino, con piés de plomo, conozco á tu señora, y seguramente, sufres una equivocación lamentable. Sobre todo, estos asuntos de orden privado, deben ser tratados con seriedad, procurando no trasciendan al público, por lo tanto, yo te ruego mucha calma y á los señores, palabra honrada de guardar el secreto.
Inspector. Por mi parte, así lo prometo.
Forastero. Y yó, tratándose como se trata, de mi mi prima.

Doctor y D. Luis. (Sorprendidos) ¿De su prima?

Forastero. Sí, señor.

Doctor. ¿Pero usted no es coronel?

Forastero. Sí señor, yo me llamo Francisco Coronel, primo de la señorita, ó sea la dueña de esta casa.

Doctor. ¿Entónces, usted no pertenece al ejército.

Forastero. No señor, yo soy aperaó.

Doctor. ¿Y viene usted solamente á visitar á su prima Doña María Coronel?

Forastero. Justamente.

Don Luis. (Aparte) ¡Señores que lio! ¡Esto es para volverse loco!

Doctor. (A Don Luis) Sigo creyendo que sufres una equivocación.

ESCENA XV

DICHOS poco despues el MILITAR

CESANTE y SOCORRO

Militar. (Dentro del cuarto) ¡Es usted un sinvergüenza!

Cesante. ¡Y, usted un canalla! (Se siente ruido como riñendo los dos en el cuarto donde están encerrados)

Doctor. (Sorprendido) ¿Qué es eso? ¡En ese cuarto se están matando!

Don Luis. Es el teniente y el soldado que los tengo ahí encerrados.

Doctor. Pronto Luis, abre esa puerta y evitemos una desgracia. (Don Luis abre la puerta saliendo primeramente el cesante como huyendo del militar)

Cesante. ¡Esto es un atropello! (Figura limpiarse el sombrero y el traje) ¡Yó daré conocimiento de esto al ministro de la guerra! ¡Só atún!

Militar. (Queriendo pegarle nuevamente sujetándolo el inspector) ¡Nó me falte usted, no me falte usted!

Doctor. ¿Pero qué es lo que ha ocurrido?

Militar. Pues ná, que el señor á querido quedarse conmigo y...

Cesante. ¿Qué?

Militar. Lo está osté viendo.

Doctor. Bueno, dejemos yá este incidente. Vamos á ver militar, ¿dónde está su general?

Militar. (Aparte) Ahora es ella. ¿Vd. quiere saber donde está mi... mi general?

Doctor. Sí, señor.

Militar. (Cortado) Pues... pues...

Doctor. ¡Vamos concluya Vd. de una vez!

Militar. (Señalando á Socorro) Esa lo sabe.

Socorro. ¿Quién yó?

Don Luis. ¡Sí, tú lo sabes! Hace un momento me digistes que mi señora estaba con el general.

Socorro. Y no dije nada más que la verdad.

Don Luis. ¡Lo vé Vd. Don Quintín!

Doctor. ¿Y según parece el general continuá en el cuarto con la señora?

Socorro. Pues ya lo creo donde vá á estar.

Don Luis. ¡Lo vé Vd. Don Quintín! ¡Mi honra por el suelo!

Doctor. ¡Calma por Dios Luis! (A la criada) ¿Viene vestido de uniforme ó de paisano?

Socorro. ¿Pero qué está Vd. diciendo?

Doctor. Pues hija preguntar como viene vestido el general.

Socorro. Vamos, ustedes están locos seguramente. Mi señora, lo que tiene es el trancazo, sino que Doña Tula, le llama el general. ¿Vd. no lo sabe también?

Doctor. ¡Canarios! pues es verdad, ya no me acordaba. ¿Lo estás viendo Luis? ¡no mereces perdón de Dios!

Cesante. (Al inspector) ¿Qué dice?

Inspector. (Fuerte) El trancazo.

Cesante. ¿El trancazo?

Inspector. Sí, señor.

Cesante. ¡Demonio! (Hace ademán de huir sujetándolo el inspector)

Don Luis. ¿Pero el ayudante, quién es?

Socorro. Pues, quién á de ser el perrito de la señora.

Don Luis. (Al cesante) ¿Pero Vd. no es teniente?

Cesante. ¿Qué?

Don Luis. ¿Qué si Vd. no es teniente?

Cesante. ¡Cá!... no señor, lo que soy es sordo.

Don Luis. Pero no me dijo Vd. que era teniente de ejército?

Cesante. No señor, yo soy teniente, pero es del oido.

Don Luis. (Furioso) ¡Ahora me sale Vd. con eso! ¿Entónces á qué venía Vd. á esta casa.

Cesante. ¿El qué?

Don Luis. ¿Qué á qué venía Vd. á esta casa?

Cesante. Pues traía á Vd. una tarjetita de don Leonardo González, su amigo, para que procurara Vd. la manera de darme un destinito.

Don Luis. Hombre, fuera de todo, procuraré servirlo.

ESCENA XVI

DICHOS y el CAPITAN

Capitán. (Golpeando la puerta de la habitación donde está encerrado) ¡Pero me van á tener aquí todo el día! ¡Haga el favor de abrir de una vez!

Don Luis. ¡Ah... es verdad! (Abre al Capitán)

Capitán. (Saliendo y enérgico) ¡Caballero esto es una burla infame de la que exijo á Vd. explicaciones!

Don Luis. No haberme dicho Vd., que era capitán.

Capitán. Y lo repito, soy capitán del vapor *Covadonga.*

Don Luis. (Confuso) ¿Capitán del vapor *Covadonga*?

Capitán. Sí, señor.

Don Luis. Pero hombre, haber empezado por ahí.

Capitán. Bien claro, se lo dije á Vd.

Don Luis. Entónces caballero, está Vd. en su perfectísimo derecho de pedirme explicaciones, y yó siempre dispuesto á dárselas, yó pido á Vd perdón por mi conducta, mi ánimo no ha sido burlarme de Vd. sino ofuscada mi inteligencia, por sospechas infundadas me obligaron á proceder de esa manera.

Capitán. ¿Y no encontró Vd. otra forma más que encerrarme?

Don Luis. Repito á Vd. que mi ánimo no fué molestarle. Dadas estas explicaciones le ruego me diga á qué obedecía su visita.

Capitán. Pues tenía por objeto entregar á usted estos documentos (le dá varios pliegos) que su hermano D. Ricardo que se encuentra en la Habana, me entregó para Vd., aprovechando la oportunidad de que yó tenía que venir á Madrid para asuntos particulares.

Don Luis. Efectivamente me lo había anunciado ya por carta. Agradezco á Vd. muchísimo el encargo y le repito dispense todo lo ocurrido.

Capitán Por mi parte, dispensado y cuente con un nuevo amigo.

Don Luis. Muchas gracias (Se dan la mano)

ESCENA XVII

DICHOS y DOÑA TULA

Doña Tula. (Al Doctor) La enferma parece que está algo más animada, sobre todo alguna menos fiebre.

Doctor. (A D. Luis) Estás desengañado de todo Luis.

Don Luis. Ya veo que es cierto todo D. Quintín.

Doña Tula. Sí, hijo mío, todo es verdad y solo tú, por una ligereza imperdonable has dudado de su honor.

Don Luis. Ruego á Vd. Doña Tula, me perdone, en la seguridad que jamás en mi vida volveré á dudar de mi esposa ¡estaba loco!

Doña Tula. Por mi parte, estás perdonado.

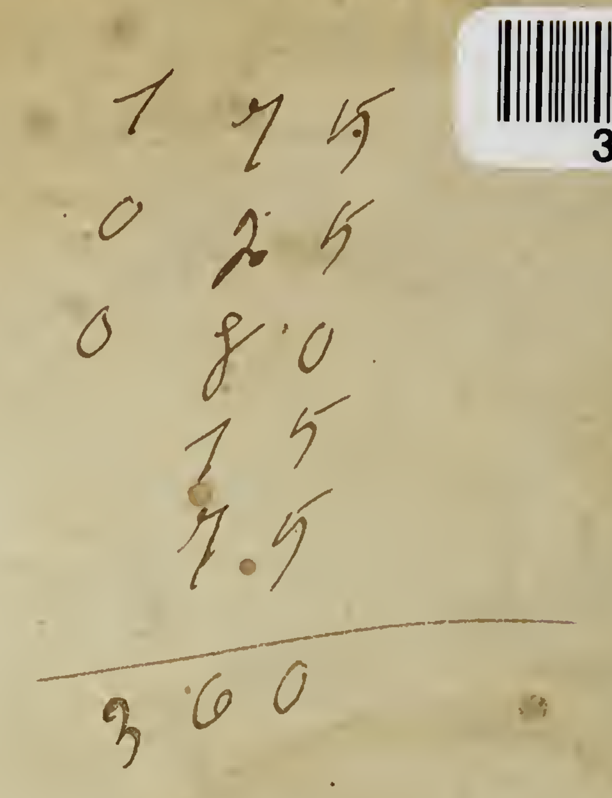
Don Luis. (Abrazándola) ¡Oh! gracias, Doña Tula. Ahora corramos á su habitación. (Se dirige hacia la puerta)

Doctor. Un momento. (Indicándole al público) Primero despídete de los señores.

Don Luis. (Al público)

Solo se puede arreglar
este asunto familiar,
habiendo buen mediador,
y ese se puede encontrar
en aplaudiendo al autor.

TELÓN


1 75
0 25
0 80
75
7.5
3 60


PRECIO: UNA PESETA